

OCCIDENTE



La familia Abad Argul, a las puertas de su domicilio. A la izquierda, una imagen de Vistalegre, el pueblo al lado de un embalse que produce miles de kilovatios y que no tiene luz.

Vistalegre, un pueblo en las tinieblas

Al lado del embalse de Grandas, donde se producen miles de kilovatios, no tiene luz

Grandas de Salime,
Jorge JARDON

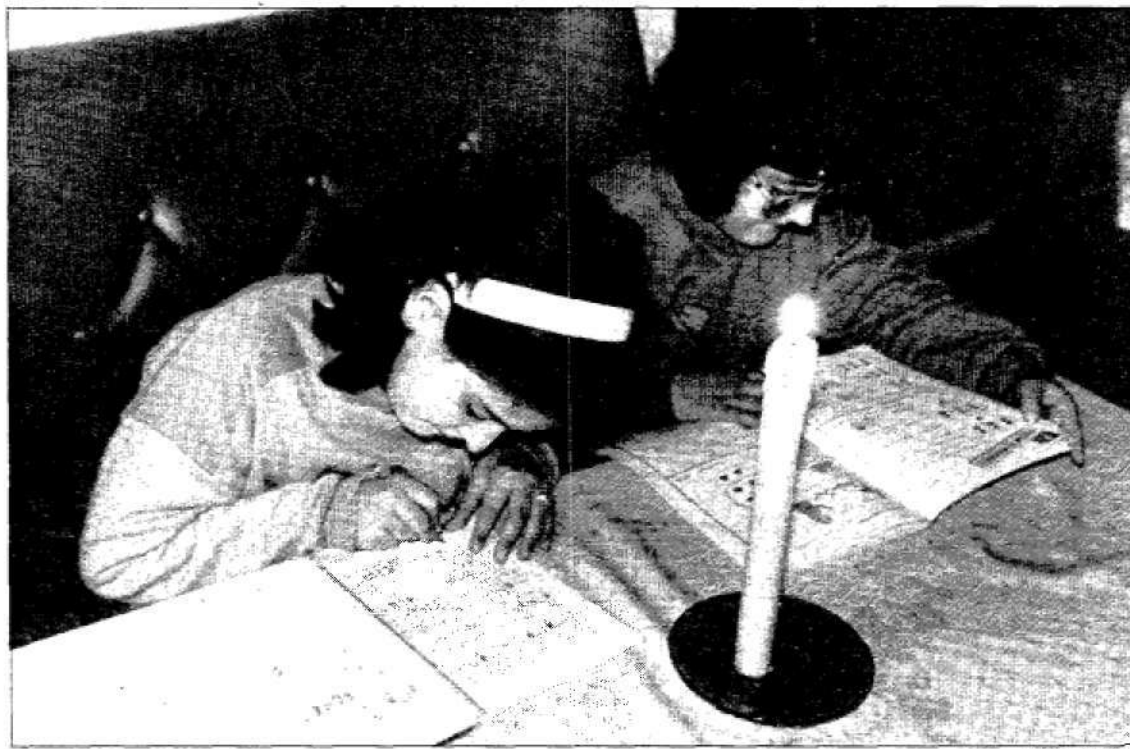
«Nos gustaría tener luz para poder estudiar como las demás compañeras de la clase», exclamaban a un tiempo Cristina y Mónica Abad, dos hermanas de 9 y 8 años que han nacido bajo las tinieblas. No saben lo que es tener luz en sus casas de Vistalegre, y la linterna y la vela se han convertido para ellas en el único medio de defensa frente a la oscuridad.

Las condiciones en la que viven no permiten a las dos hermanas no ya ver la televisión o tomar un alimento frío, sino simplemente estudiar en las mismas condiciones que los demás humanos. Aprovechan la luz del día hasta donde pueden, pero a partir de un determinado momento tienen que valerse de una vela para terminar los deberes. Lo malo es que a sólo cien metros se encuentra la solución. Al otro lado de la carretera, la casa que habita el vecino cuenta con luz.

Diez vecinos

Cristina y Mónica son las principales afectadas por una situación que se prolonga durante muchos años. Forman parte de una pequeña comunidad de diez vecinos que un buen día, obligados por las circunstancias, decidieron ocupar unas viviendas abandonadas que no eran suyas. El salto de Grandas ya estaba concluido, el personal dejó de habitar aquellas viviendas y la empresa se desentendió de ellas, porque no eran necesarias.

Eran un total de cuarenta y dos viviendas repartidas en varios bloques, las cuales todavía pueden contemplarse con nostalgia sobre la presa del salto. Mientras que aproximadamente treinta y tres de ellas, a pesar de su buen aspecto exterior, están totalmente arruinadas en su interior y desvencijadas por falta de



Cristina y Mónica nunca han vivido en una casa que tenga electricidad. Todas sus noches de estudio han sido a la luz de las velas.

uso, otras nueve, sin embargo, que se encuentran en las inmediaciones, han podido ser salvadas de la ruina total gracias a la irrupción en ellas de estos intrépidos vecinos que no tenían dón-de meterse a vivir.

Las casas, una especie de balconadas superpuestas sobre el embalse, presentan unas condiciones de habitabilidad envidiables, y por su amplitud casi son un lujo para estos tiempos. Todas ellas disponen de cocina, baño, tres habitaciones, salita y una pequeña galería. El único fallo es la falta de luz, contra cuya carencia los vecinos parecen haber dado en algo impenetrable.

Según explicaba uno de ellos, «nos hemos desplazado hasta Oviedo para tratar de arreglar este problema, pero nadie acierta a darnos una solución, ya que en Hacienda estas casas deben de es-

tar dadas de baja y catalogadas como barracones, y tampoco en Vivienda existe constancia de que existan para nada». En cambio, señala Luis Abad, «en el Ayuntamiento de Grandas nos dijeron que si las viviendas fueran del Principado o de ellos, tendríamos luz en todas las casas».

La familia más numerosa de las que se encuentran asentadas en este poblado, que recibe el nombre de Vistalegre, es la formada por Luis Abad y su mujer, María del Carmen Argul, un matrimonio joven de 33 y 30 años, respectivamente, y padres de las dos niñas a las que nos referíamos al principio. Al margen de la falta de luz, la situación familiar no tiene nada de halagüeña.

Caminar 14 kilómetros

Luis se encuentra en el paro y tiene un problema de columna, una úlcera sangrante, y padeció

de pequeño una tuberculosis grave que se le está empezando a reactivar. Su mujer tiene que caminar todos los días 14 kilómetros para trabajar en una casa de Grandas, y una de las hijas, Mónica, la pequeña, ha sufrido una parálisis que le ha afectado en la vista, lo cual pone una nota mayor de dramatismo al hecho de tener que estudiar bajo la luz de una vela. De todas formas, a ninguna de las dos hermanas parece ponerlas triste el estudiar en unas condiciones como esas, ni no poder presenciar un programa de televisión, ni tampoco tener que acostarse y levantarse de la cama sin otra ayuda que una modestísima linterna que las acompaña a todas partes.

Lo que realmente las apenas es escuchar en casa que a sus padres les han denegado una vivienda social que tenían solicitada, pese a sus escasos ingresos.

«Lo primero, una nevera»

Grandas, J. J.

«Si algún día tengo luz», exclamaba Luis Abad, «lo primero que hago es comprar una nevera, ya que de esta forma evitaría tener que andar los 14 kilómetros que me lleva ir todos los días a hacer las compras. Al carecer de frigorífico, no podemos conservar alimentos en casa y tenemos que ir todos los días al mercado». Según los interesados, tanto Luis como su madre, Gloria Herías, que habita otra de las casas del poblado, todos están dispuestos a pagar la traída de la luz a sus casas, pero necesitan saber a quién tienen que recurrir para buscar la fórmula. La solución no parece demasiado complicada, porque a muy pocos metros, con sólo atravesar la carretera, una de las viviendas del poblado tiene luz. Según explican, en esta casa vive un antiguo empleado de la empresa del salto al que autorizaron a quedarse allí cuando un incendio quemó la suya.

La empresa, entonces, mantuvo la instalación eléctrica en esta casa y desenganchó los cables de todas las demás. Aún recuerda Gloria Herías que cuando ella llegó a esa casa deshabitada se encontró con que los cables aún estaban en la puerta de casa, y por reparo no se atrevió a enganchar la luz. En estos momentos esto ya no es posible, porque la empresa vendió toda la instalación, incluido el transformador, a un chatarrero.

Aunque esta situación del poblado afecta a algunas personas más, son sin embargo los miembros de la familia de Gloria Herías los que, por decirlo de alguna forma, ejercen el dominio de esta pequeña comunidad. Gloria, la madre, después de estar durante 34 años atrevesando el río en una lancha de remos, decidió instalarse en una de esas casas con una especie de autorización del entonces alcalde de Grandas. A la sombra de ella fueron ocupando casa sus otros hijos, Luis y Manuel, y también empezaron a llegar otros más, como el caso de Celso, o de José Freijó, un hombre de 84 años que, con los ahorros de la pensión, viaja cada poco tiempo a Cuba para bailar «la rumba».

En el poblado existe otro buen número de construcciones que se están perdiendo. Aún permanecen en pie los garajes, el hospitalillo, la capilla y lo que en otro tiempo fue «la casa de los jefes». Pese a estar desvencijada y en pleno abandono, es apetecida por la Dirección Regional de Turismo para hacer un parador de carretera.